

EL FENÓMENO ESTÉTICO COMO SITUACIÓN LÍMITE

Luis Cencillo S. J.

EN el fenómeno estético van a revelárenos un trasfondo frágil de la realidad humana y el núcleo íntimo y pregnante de su contorno cósmico. El fenómeno estético es el punto de convergencia dialéctica del hombre y del cosmos. Una situación de tensión límite en que se patentiza la esencia de una realidad: lo que usando un término de última hora, pero ya clásico y viable en una filosofía sana, podemos llamar un *existencial*.

De hecho jamás una forma de cultura ha carecido de fenómeno estético, siquiera encarnado en danza y ritmo. Una Cultura sin fenómeno estético sería un ambiente sin transpiración, un organismo vivo desvitalizado. No sería una Cultura. Ello significa que el fenómeno estético dimana de la esencia de lo humano.

Raíz humana de lo estético

El fenómeno estético radica en la expresividad humana, en la sociabilidad esencial del hombre (*ζῷον φύσει πολιτικόν*):

el individuo no puede por sí sólo *completarse* mentalmente; los contenidos mentales del individuo se prolongan en sentido recesional y procesional: obedecen a una tradición cultural y se proyectan en una intersubjetividad.

Las Culturas son los contenidos mentales de las razas y —como el instinto de reproducción se ordena al bien físico de la especie— a su bien síquico, a la conformación de

sus contenidos espirituales, tiende el instinto de expresión.

El individuo, cuando todavía no ha expresado externamente su idea, tiene la sensación de poseerla menos, de ser menos suya su propia elaboración mental. Y precisamente cuando su idea ha pasado a formar parte del patrimonio común de una Cultura (cuando parecería que había dejado de ser suya) es cuando el individuo, ya convertido en *autor*, se experimenta, se vive más ligado a su idea. Porque el hombre se realiza en un quehacer intersubjetivo, encuentra su propia subjetividad en un *diálogo*, exige para percibirse *él*

en cuanto tal, en todos sus perfiles personales, un *Tú* resonador: público y autor hacen el Arte, público y Arte hacen al autor.

La expresión

Y en definitiva ¿qué es lo que se trata de hacer patrimonio común? ¿cuál puede ser el contenido de la expresión artística?

Sin dudar, *lo inefable*.

Lo cotidiano cuando ofrece algún matiz de inefabilidad es cuando precisamente se hace digno de ser expresado. Lo *no inefable*, lo que en su patencia ingenua se halla al alcance cualquier percepción no incita a su expresión. El acicate de *expresar* actúa cuando, tras de aquello que ingenuamente percibimos, palpita un trasfondo de misterio o de paradoja.

Por ello el asombro es según los griegos



origen del filosofar (τὸ φιλοσοφεῖν τοῦτο τὸ πάθος τὸ θαυμάζειν) y, por lo mismo, filósofo es aquél que encuentra motivo de asombro en lo más humilde y cotidiano.

El hombre, instintivamente expresivo, ha de resolver el problema de la expresión de lo inefable. La expresión de lo inefable tiene que ser metáfora. Y la metáfora entra de lleno en la esfera del Arte.

Metáfora es una sensibilización expresiva de un contenido profundo que resiste a la *abstracción*. Los contenidos más íntimos y vitales son los que más resisten a la universalización abstractiva. Por eso nuestro lenguaje cotidiano es un tejido de metáforas, unas candentes, originales, nacidas de la vibración del momento; otras en vías de petrificación; otras, finalmente, apenas reconocibles en su total neutralización secular... Una reticencia, un hipérbaton, una alusión concisa... son otras tantas formas de expresión de lo inefable, de revivir desde dentro una situación pretérita. Son Arte.

Mas con esto no hacemos todavía sino movernos en la superficie de los hechos. No nos interesa tanto el aspecto expresivo del fenómeno estético cuanto su *inefabilidad* misma:

¿qué es lo inefable mismo? ¿a qué obedece que esta reticencia de lo inefable a la configuración mental de una idea abstracta, cese un tanto cuando precisamente se emplea un vehículo de expresión tan opaco a inteligibilidad como la materia? (Arte es la materialización sensibilizadora, elaboración expresiva, iluminativa, de una materia, siquiera de sonido, ritmo o palabra).

El Arte como cristalización material de las ideas

El Arte es un fenómeno intersubjetivo, ya lo hemos examinado, pero presenta también y principalmente una vertiente de objetividad: es un fenómeno *objetivo*: el *opus aestheticum*, la obra de arte considerada en sí misma. Este *opus* es precisamente la objetivación cristalizada materialmente de una vivencia estética subjetiva que, por lo mismo, se convierte en objetiva, colectivamente participable y universal. La experiencia con-

creta y singular de un «modelo» individual acaece *tipo*. Se ha universalizado idealizándose. El material artístico en que ha sido plasmado concurre con sus calidades naturales a hacer resaltar tales o cuales rasgos típicos. El material impone sus leyes y colabora cuasiactivamente a la cualificación del *opus aestheticum*.

Mas, para responder en profundidad a la cuestión de la capacidad de la materia en la cristalización artística, nos es preciso examinar un cuarto aspecto del fenómeno estético además del subjetivo, intersubjetivo y objetivo: su *transobjetividad*. Con ello vamos a enfrentarnos por fin con lo *inefable* en sí mismo.

Lo inefable

¿Por qué existe lo inefable? ¿por qué y de qué modo las cosas materiales ponen al es píritu en presencia de lo inefable? ¿qué es lo inefable de las cosas materiales?

El *opus aestheticum* es, decíamos, una cristalización expresiva y estilizada de lo inefable que está presente en el seno de la naturaleza, en su sentido más amplio (incluyendo el mundo mental).

Este elemento inefable instalado en cada ser en cuanto que *es*, en cuanto que *es tal* y en cuanto que *es él mismo* (inefabilidad óptica, específica e individual), no ha podido recibir un cauce científico adecuado hasta después que la aventura axiológica de Eucken, Scheler y N. Hartmann nos ha llamado la atención sobre un tercer elemento o un tercer nivel de la realidad: el *Valor*.

La Filosofía de los Valores en su primera fase, parece que fracasó como tal sistema por su platonismo, bastante ingenuo todavía, mas fué fecunda como primer tanteo explorador de territorios menos expeditos: el ser no es un campo neutro y abstracto; el campo del ser se halla trascendido de vecciones que se imponen al espíritu con mayor o menor perentoriedad como algo irrenunciable e independiente de toda denominación, conformación o proyección mental. Es decir, algo que no es síntesis de la mente humana, sino que, existente en sí mismo, aunque no del modo como existen los cuerpos físicos en sus coordenadas crónicoespaciales, ejerce una cau-

salidad manifiesta, una causalidad ineludible, que se impone, en la esfera del espíritu.

Se trata de una causalidad que a diferencia de la causalidad física, no admite ingerencias de mecanismos transformadores y desviadores, sino que ha de ser aceptada en su pureza elemental: deber moral, deber social, leyes estéticas, por ejemplo, que no sufren sucedáneos...

Y esta causalidad ¿no parece argumento suficiente de una existencia?

No se debe recurrir a la intervención *directa* de Dios como en un *deus ex machina*, en un verdadero *ocasionalismo* moral o estético, para explicar estas causaciones axiológicas. Hemos de tentar primero una vía de solución sin salirnos de las *causas segundas*, según el sentido persistente de una filosofía sana.

Y es que las cosas por materiales, opacas y humildes que resulten poseen todas una tercera dimensión además de su dimensión material y de su dimensión formal-esencial: su dimensión vectorial-axial: su *valor*: su *sentido*. Es decir, su contenido significativo para el espíritu (su *correlato noemático* que diría Husserl), significativo de muchas vertientes.

Pues la esencia de las cosas no se agota en su formulación fisicoquímica ni en su bipolaridad hylemórfica, sino que todo ello es un soporte del *sentido total* que es la cosa, de su *significación* objetiva. La estructura material de la cosa *hipostatiza* un valor.

Valor por darle algún nombre, mas no quisiéramos que se atribuyesen a nuestra terminología ciertos contenidos, que no aceptamos, de las primeras corrientes axiológicas. La realidad que denominamos *valor* es algo patente: una virtualidad de vección trascendente y perentoria, una orientación óptica de todo el ser de una realidad que encierra una significación iluminativa para cualquier espíritu posible; un elemento desneutralizador de la materia en cuanto tal; un afirmarse a sí mismo de cada ser frente a todo espíritu inteligente imponiéndole un sentido que respetar o secundar... Podemos seguir describiendo círculos concéntricos indefinidamente en torno a *lo inefable* mismo, pero con lo dicho parece que hemos abierto una fisura de luz en su opacidad. Se trata del núcleo más hondo e irreplicable de todo ser: el punto en el que Dios *se comunica* a su criatura, la última raíz óptica de ésta.

No es necesario explicaros a vosotros —que lo percibís en vosotros mismos, frecuentemente como noble tormento— uno de los caracteres esenciales del arte, consistente en una cierta intrínseca «afinidad» con la religión, que en algún modo convierte a los artistas en intérpretes de las infinitas perfecciones de Dios y particularmente de su belleza y armonía. La función del arte consiste, en efecto, en romper el recinto angosto y angustioso de lo finito, en el cual el hombre está inmerso mientras vive aquí abajo, y abrir como una ventana a su espíritu que ansía lo infinito.

De aquí se deduce que todo esfuerzo —inútil en verdad— dirigido a negar y suprimir las relaciones entre la religión y el arte resultaría depreciación del arte mismo, porque toda belleza artística que se quiera recoger en el mundo, en la naturaleza, en el hombre, para expresarla con sonidos, con juegos de masas, no puede prescindir de Dios, desde el momento que todo cuanto existe está ligado a Él con relaciones esenciales. Por tanto, como no se da en la vida,

Raíz teológica del Valor

El Ser infinito de Dios es *todo él*, adecuadamente, Valor o *Valor subsistente*, Dignidad subsistente (axión), un ser-relevante, un ser-exigencia-de-algo, un provocar radicalmente una respuesta perentoria de conducta por parte de cualquier sujeto cognoscente posible.

Desde el momento en que todo ser supone alguna participación esencial de este Ser divino infinitamente y adecuadamente valioso, tiene que poseer también un núcleo de valor.

Su ser-participado no es absolutamente neutro e irrevelante sino que implica una vección trascendente, un *mensaje superior*, una capacidad de imponer un deber objetivo (moral o estético) a todo espíritu cognoscente, de desencadenar en él un proceso de elevación espiritual de algún orden.

Von Hildebrand, el último renovador de la Axiología en sentido católico, parece reducir el Valor al *hecho* de la participación divina de la criatura. Souriau, profesor católico de la Sorbona, en obra muy reciente, (1) denomina a esta vección «función angélica», pero

(1) «L'Ombre de Dieu», París, Pres. Un. Fr. 1955.

la concibe como transeúnte y accidental en cosas y personas, que puede ejercerse y dejar de ejercerse por el ser revestido del valor en cuestión. Max Scheler, desorientado por su *univocismo* metafísico, excluía el valor de la esfera del Ser (lo cual ha sido rectificado por Hildebrand, ya en posesión de la Analogía del Ser católica que dota al Ser de una infinita flexibilidad de realizaciones).

A diferencia de estos autores concebimos el núcleo axiológico de los entes como *constitutivo de su ser mismo* (frente a Scheler); como algo, sí, producido por la participación divina de todo ser pero *distinto de ella* (frente a Hildebrand), no *operatio* sino *operatum*; como algo definitiva e inseparablemente instaurado en cada ser mientras conserve la identidad consigo mismo, porque es su esencia misma en su dimensión vectorial (frente a Souriau).

No es preciso, para que la estructura material constituya una hipóstasis de valor, que implique un ser absolutamente uno (*unum per se*), como para la *forma* aristotélica; basta que sea un ser accidentalmente uno (*unum per accidens*) pero capaz de *imponer un sentido al espíritu*.

Tampoco se puede en modo alguno conce-

tampoco en el arte —ya se entienda como expresión del sujeto, ya como interpretación del objeto— se da lo exclusivamente «humano», lo exclusivamente «natural» o «inmanente». Con cuanta mayor claridad refleja el arte lo infinito, lo divino, con tanta mayor probabilidad de feliz éxito se eleva al ideal de la verdad artística. Por esto, cuanto más el artista vive la religión, tanto mejor preparado está para hablar el lenguaje del arte, para entender sus armonías, para comunicar sus latidos.

Naturalmente estamos bien lejos de pensar que para ser intérprete de Dios, en el sentido expuesto, sea necesario tratar explícitamente temas religiosos; por lo demás, no se puede negar el hecho de que quizá nunca como en ellos el arte ha alcanzado las más elevadas cumbres.

(Discurso del Papa a los expositores de la VI Cuadrienal Romana. L'Osserv. Rom., 9-IV-52).

bir el valor por medio de esquemas imaginativos, como algo que «está» en algún «sitio», en tal o cual «estado» o «configuración». Es real y objetivamente. Pero es una realidad *dinámica* de naturaleza no sensible, no es una substancia espiritual, ni un *accidente* en sentido propio, sino una *función objetiva e inteligible* intrínseca a la esencia de la cosa. El *acies* ideal de la cosa. Su plena relevancia ontológica.

Existen valores morales, sociales, estéticos, religiosos y simplemente ontológicos. En un trabajo ulterior tal vez desarrollemos detenidamente este punto; entretanto puede servir de amplificación provisional la obra de Von Hildebrand: *Christian Ethics* (New York, Mc. Millan 1953).

El Arte como fenómeno transobjetivo

El Valor naturalmente apunta más allá de la pura objetividad perceptual de las cosas. Es una ventana abierta a la Trascendencia en la esencia misma de la cosa. Su realidad *transobjetiva*.

El Arte, descubierto este nivel del ser, se aclara notablemente como fenómeno estético: es la expresión sensibilizante de los valores estéticos de la realidad cósmica, aunque no exclusivamente estéticos.

Y Valor estético será — por aproximación solamente — la virtualidad funcional objetiva capaz de suscitar una iluminación mental en un espíritu inteligente, —generatriz de un goce trascendental y elevante— por medio de la captación de la armonía orgánica de la materia (sea sonido, espacio, volumen, color o expresión verbal).

Las fronteras entre los distintos órdenes de valor son extraordinariamente fluxas. Por eso es inevitable la presencia conexas de otros órdenes de valor en el *opus aestheticum*: cierta dignidad moral, cierta unitividad social, cierta inteligibilidad ontológica, y viceversa, hay una cierta estética presente en toda realización de un valor de otro orden (moral por ejemplo), un goce trascendental concomitante de orden estético.

Por eso un arte que se haya dejado arrastrar por un deseo excesivo de inhibición moral, ofrece unos valores estéticos desnaturalizados, disminuidos, artificialmente tras-

plantados de su contexto axiológico que es también moral, ontológico etc..., disecados. (Aunque el hecho de que espíritus poco preparados para la contemplación estética reciban escándalo de determinada obra de arte, no supone que esta obra de arte adolezca de esta inhibición moral... La inmoralidad de una obra de arte se ha de medir por su nocividad objetiva para la generalidad del público culto).

La actividad artística es, pues, un *re-crear*. Esto significa un volver a integrar, a hipostatizar valores en la materia imitando así *en parte* el aspecto más profundo y sublime de la creación divina: la comunicación a la criatura (en el caso de Dios creada *ex nihilo* también en cuanto sujeto recipiente) de una proyección de la Relevancia subsistente.

Esta plasmación de valor se realiza en la actividad artística de un modo menos complejo, más estilizada y asequiblemente al hombre que la creación divina. El Arte es una inteligibilización humana de constelaciones de valor demasiado complejas, en orden al goce pacífico y trascendental del espíritu.

Para Dios y los espíritus angélicos toda la Creación es *opus aestheticum*: expresión axiológica pura de la infinita relevancia de Dios (2). Mas los espíritus menos capaces para abarcar la pluralidad de la Creación necesitamos el amplificador-reductor del *opus aestheticum*...

Dios hace Arte al crear, se expresa a Sí mismo metafóricamente (Analogía del Ser) en la Creación. El hombre ha de satisfacer su instinto casi divino de expresión, objetivándose inteligible y metafóricamente en la creación artística. Mas como el hombre es *ab alio* (todo cuanto tiene, de Dios lo tiene), en él, esta expresión de sí mismo viene a convertirse en la expresión del asombro ante lo divino que encuentra en sí y en el mundo circundante más o menos interpretado y transformado por su sensibilidad.

La objetivación expresiva de sí mismo se vuelve en definitiva una metáfora en tono menor de la inmensurable objetividad relevante de Dios.

(2) El pecado es la única disonancia, pero que en cuanto consecuencia de la libertad — que es un gran elemento estético — no carece totalmente de conexión con el claroscuro del conjunto, supuesto su castigo eterno.

El Material artístico

Después de todo lo que precede nada tiene ya de aporético la función de vehículo expresivo propia del material artístico. La materia, soporte nato, catalizador natural de las participaciones objetivas de la infinita Relevancia de Dios en su despliegue polimorfo de valores parciales, puede volver a ser asumida en una segunda instancia para hipostatizar estos mismos valores interpretados por el hombre.

Incluso ella misma, con el residuo expre-

sivo axiológico que naturalmente posee, contribuye con sus *calidades* innatas a dar cauce típico a las expresiones de valor: timbre del instrumento, granulación de la piedra, genio de la lengua, tonos del pigmento...

Se trata de un capítulo particular de la indefinida función *sacramental* de la Materia como vehículo de realidades espirituales. Una situación límite — un *existencial*— de la dialéctica entre materia y espíritu, tan cargada de aporías para la especulación no católica, por ejemplo los Sacramentos de la Iglesia, la unión substancial de alma y cuerpo...

